

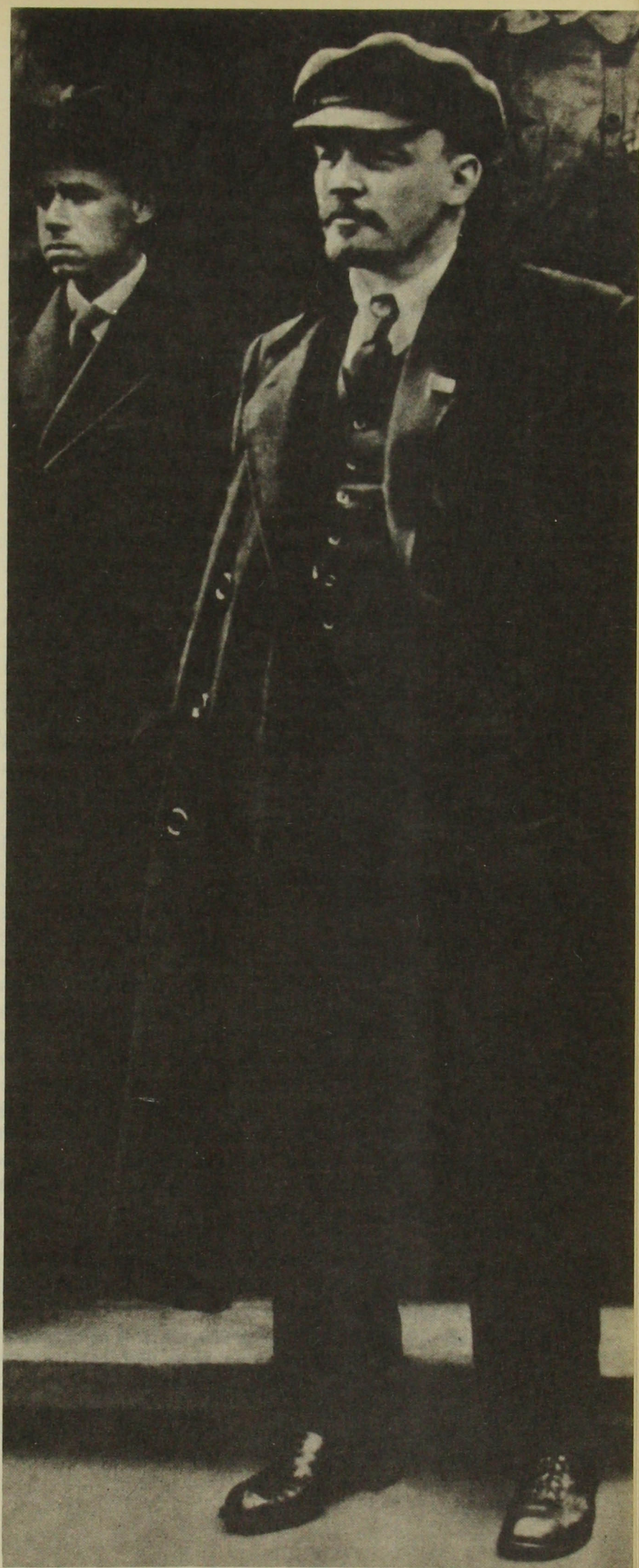
EN EL CENTENARIO DE V. I. LENIN

LENIN Y LA FILOSOFIA

(II PARTE Y FINAL)

por el prof. LOUIS ALTHUSSER

Comunicación presentada ante la Sociedad Francesa de Filosofía



Como todo el mundo, entiendo por Tesis las tomas de posición de Lenin patentizadas a través de enunciados filosóficos. Dejaré de lado por el momento la objeción que sirvió de pantalla o de pretexto a la filosofía universitaria para no leer *Materialismo y empiriocriticismo*, es decir, la terminología categorial, las referencias históricas y hasta las ignorancias de Lenin.

Hay un hecho que de por sí merecería todo un estudio; y es que, en muchos aspectos y a partir de la asombrosa "obertura" *Materialismo y empiriocriticismo* que nos remite brutalmente a Berkeley y a Diderot, Lenin se sitúa en el *espacio teórico del empirismo del siglo XVIII*, es decir, en una problemática filosófica "oficialmente" precritica, si se considera que la filosofía se vuelve "oficialmente" crítica con Kant.

Una vez que se haya notado este sistema de referencia y se conozca su lógica estructural, las formulaciones teóricas de Lenin se explican como otros tantos efectos de esa lógica, incluyendo las increíbles torsiones a las que Lenin somete la terminología categorial del empirismo para virarla contra el empirismo. Porque, si bien piensa *dentro* de la problemática del empirismo objetivo (Lenin dice incluso del "sensualismo objetivo") y si bien el hecho de pensar dentro de esta problemática a veces afecta, no solamente las formulaciones sino también ciertos movimientos del pensamiento de Lenin, nadie puede negar que Lenin *piense*, es decir, que piense sistemática y rigurosamente. Es este pensamiento lo que nos importa, en tanto que enuncia Tesis. Vamos a enunciarlas en su esencia desnuda. Distinguiremos tres de ellas:

Tesis 1. La Filosofía no es una ciencia. La filosofía se diferencia de las ciencias. Las categorías filosóficas son distintas de los conceptos científicos.

Esta tesis es capital. Cito el punto determinante en que se decide su destino: la categoría de *materia*, punto sensible como ninguno para una filosofía materialista y para todas las almas filosóficas que anhelan su salvación, es decir, su muerte. Ahora bien, Lenin, dice con todas sus letras que la distinción entre la categoría filosófica de *materia* y el concepto científico de *materia* es vital para la filosofía marxista.

La materia es una categoría filosófica ("Materialismo y empiriocriticismo", ed. cit., p. 120).

La única propiedad de la materia, con cuya admisión está ligado el materialismo filosófico, es la propiedad de ser una realidad objetiva ("Materialismo y empiriocriticismo", ed. cit., p. 251).

De ello se sigue que la *categoría* filosófica de la *materia*, que es a la vez Tesis de *existencia* y Tesis de *objetividad* no puede confundirse jamás con los contenidos de los *conceptos* científicos de *materia*. Los conceptos científicos de la *materia* definen conocimientos, relacionados con el esta-

do histórico de las ciencias, acerca del objeto de esas ciencias. El contenido del concepto científico de *materia* se modifica con el desarrollo, es decir, con la profundización del conocimiento científico. El sentido de la categoría filosófica de *materia* no cambia, porque no afecta ningún objeto de ciencia, pero afirma la *objetividad* de todo conocimiento científico de un objeto. La categoría de *materia* no puede cambiar. Es "absoluta".

Las consecuencias que Lenin saca de esta distinción son capitales. En primer lugar, en lo que entonces se llamaba la "crisis de la física". Lenin restablece la verdad: la física no está de modo alguno en crisis, sino en fase de crecimiento. La *materia* no se ha "desvanecido". Sólo el concepto científico de *materia* ha *cambiado de contenido*, y seguirá cambiándolo sin cesar en el futuro, porque el proceso del conocimiento es infinito en su propio objeto.

La seudocrisis científica de la física no es sino una crisis o un trance *filosófico* en el cual algunos ideólogos, que son también sabios, atacan abiertamente al materialismo. Cuando proclaman que la *materia* se ha desvanecido, hay que escuchar el discurso silente de sus deseos: ¡que el materialismo se desvanezca!

Y Lenin se dio a la tarea de denunciar y derrotar a todos esos científicos, filósofos de un día, que creyeron que su hora había llegado. ¿Qué queda hoy de esos personajes? ¿Quién los conoce ya? Reconozcamos que ese ignorante en filosofía que era Lenin tenía por lo menos juicio. ¿Y qué filósofo profesional supo como él, sin esperar ni vacilar, lanzarse tanto hacia adelante, y con tanta seguridad, absolutamente solo, contra todos, en una batalla aparentemente perdida? Quisiera que se me citara un nombre, aparte de Husserl, entonces aliado de Lenin contra el empirismo y el historicismo, pero aliado provisional y que no pudo *encontrarse con él*, porque Husserl creía, como todo buen filósofo, ir a "alguna parte".

Pero la Tesis de Lenin llega más lejos que la coyuntura inmediata. Si hay que distinguir absolutamente entre la categoría filosófica de *materia* y cualquier concepto científico, de ello se sigue que los materialistas que aplican las categorías filosóficas a los objetos de las ciencias como si fueran su concepto, se hallan atascados en un "quid pro quo" Ejemplo: el que hiciera un uso *conceptual* de la pareja *categorial* *materia-espíritu*, o *materia-conciencia* tiene muchas probabilidades de caer en *paralogismos*, puesto que "la contradicción entre la *materia* y la *conciencia* no tiene significado absoluto más que dentro de los límites de un dominio muy restringido: en este caso, exclusivamente dentro de los límites de la cuestión gnoseológica fundamental acerca de qué es lo que hay que reconocer como lo primario y qué es lo que hay que reconocer como lo secundario (es decir, en filosofía). Más allá de estos límites la relatividad de tal contraposición no suscita duda alguna". (*Materialismo y empiriocriticismo*, ed. cit., p. 138).

No puedo insistir aquí en otras consecuencias de gran alcance, por ejemplo, en el hecho de que la distinción entre la filosofía y las ciencias abre necesariamente, en la perspectiva de Lenin, el campo de una teoría de la historia de los conocimientos; cosa que Lenin anuncia en su teoría de los límites históricos de toda verdad (léase de todo conocimiento científico) y que concibe como teoría de la distinción entre la *verdad absoluta* y la *verdad relativa* (en esta teoría se concibe en una sola pareja de categorías, a la vez la distinción entre la filosofía y las ciencias y la necesidad de una teoría de la historia de las ciencias).

Sólo quiero señalar lo siguiente. La distinción entre la filosofía y las ciencias, entre las categorías filosóficas y los conceptos científicos constituye fundamentalmente una toma de posición filosófica radical *contra todas las formas del empirismo y del positivismo*; contra el empirismo y el positivismo incluso de algunos materialistas, contra el naturalismo, contra el sicologismo, contra el historicismo (en cuanto a este punto preciso, recuérdese la violencia polémica contra el historicismo de Bogdanov).

Hay que confesar que para un filósofo que se define, según los gustos y sobre la base de algunas fórmulas, como precrítico, prekantiano, no está tan mal; es incluso bastante asombroso, puesto que ese dirigente bolchevique de 1908 que, manifiestamente, no había leído ni una línea de Kant y de Hegel y se había conformado con Berkeley y Diderot, da prueba, por razones curiosas, de un sentido "crítico" del adversario positivista y de un discernimiento estratégico prodigioso en el concierto religioso de la filosofía "hipercrítica" de aquel tiempo.

Lo más asombroso es que Lenin realiza la hazaña de *tomar estas posiciones antiempiristas dentro del propio campo de su problemática empirista de referencia*. La de llegar a ser antiempirista pensando y expresándose dentro de las categorías básicas del empirismo es una proeza paradójica que plantea un pequeño "problema" para los filósofos de buena fe que quieran examinarlo.

¿Quiere decir esto, acaso, que el campo de la problemática filosófica, las formulaciones categoriales, los enunciados filosóficos, son relativamente indiferentes a las tomas de posición filosóficas? ¿Quiere decir esto que en el fondo no sucede nada esencial en lo que parece constituir la filosofía? Extraño.

Tesis 2. Si bien la filosofía es distinta de las ciencias, existe entre la filosofía y las ciencias un vínculo privilegiado. Este vínculo lo representa la tesis materialista de los objetividad.

Dos puntos son esenciales aquí.

El *primero* concierne a la naturaleza del conocimiento científico. Las indicaciones contenidas en *Materialismo y empiriocriticismo* se repiten, se desarrollan y profundizan en los *Cuadernos sobre la dialéctica*: llenan de sentido el antiempirismo y el antipositivismo de Lenin, en el propio interior de la concepción de la *práctica científica*. En este aspecto, Lenin debe considerarse también como un

testigo que habla de la práctica científica como un práctico auténtico. Es suficiente leer los textos que le dedicó a *El capital* de Marx, entre 1898 y 1905, su análisis de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, para darse cuenta de que su práctica científica de teórico marxista de la historia, de la economía política y de la sociología va acompañada constantemente por reflexiones epistemológicas agudas, que sus textos filosóficos no hacen sino repetir en una forma general.

Lo que Lenin pone en evidencia, y una vez más a través de las categorías que pueden ser contaminadas por sus referencias empiristas (como la categoría del reflejo) es el antiempirismo de la práctica científica, el papel decisivo de la abstracción científica, o mejor, el papel de la sistematicidad conceptual y, de un modo más general, el papel de la teoría como tal.

Políticamente Lenin es conocido por su crítica al "espontaneísmo" dirigida, hay que recordarlo, no contra la espontaneidad, los recursos, la invención, el genio de las masas populares, sino contra una ideología política que, bajo el manto de una exaltación verbal de la espontaneidad de las masas, la explota para encauzarla hacia una política falsa. Pero generalmente no se ve que, en su concepción de la práctica científica, Lenin adopta exactamente la misma postura.

Si Lenin escribió: *Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario*, hubiera podido muy bien escribir: *sin teoría científica no hay producción de conocimientos científicos*. Su defensa de las exigencias de la teoría en la práctica científica corresponde a su defensa de las exigencias de la teoría en la práctica política. Su antiespontaneísmo cobra entonces la forma teórica del antiempirismo, el antipositivismo y del antipragmatismo.

Pero del mismo modo que su antiespontaneísmo político supone el mayor respeto por la espontaneidad de las masas, así también su antiespontaneísmo teórico supone el mayor respeto por la *práctica* en el proceso del conocimiento. En ningún momento, ni en su concepción de la ciencia, ni en su concepción de la política, Lenin cae en el *teoricismo*.

Este primer punto nos permite comprender el *segundo*. Para Lenin, la filosofía materialista está profundamente ligada con la práctica científica. Me parece que esta tesis debe entenderse en dos sentidos.

Primero, en un sentido, sumamente clásico, y que ilustra lo que hemos podido observar empíricamente en la historia de las relaciones que vinculan toda filosofía a las ciencias. Para Lenin, lo que sucede en el interior de las ciencias interesa en primer lugar a la filosofía. Las grandes revoluciones científicas provocan modificaciones importantes en la filosofía. Es la conocida tesis de Engels: el materialismo cambia de forma con cada gran descubrimiento científico; tesis que Lenin defiende mostrando, de otro modo y mejor que Engels —quien está fascinado por las consecuencias filosóficas de los descubrimientos de las ciencias

de la naturaleza (la célula, la evolución, el principio de Carnot, etc.)— que el descubrimiento decisivo que provoca la modificación obligatoria de la filosofía materialista no se debe tanto a las ciencias de la naturaleza como a la *ciencia de la historia*, al materialismo histórico.

En un segundo sentido, Lenin invoca un argumento importante. Ya no habla entonces de la filosofía en general sino de la filosofía materialista. Esta se interesa particularmente, y de un modo que le es propio, en lo que sucede en la práctica científica porque *representa*, en su tesis materialista, las convicciones “espontáneas” de los sabios en relación con la existencia del objeto de su ciencia, y con la objetividad de su conocimiento.

Lenin no se cansa de repetir, en *Materialismo y empiriocriticismo*, que la mayoría de los especialistas de las ciencias de la Naturaleza son “espontáneamente” materialistas, por lo menos por *una de las tendencias* de su filosofía espontánea. Si bien combate las ideologías del espontaneísmo de la práctica científica (empirismo, pragmatismo), Lenin reconoce, en la experiencia de la práctica científica, una tendencia materialista espontánea de la mayor importancia para la filosofía marxista. Relaciona entonces las tesis materialistas requeridas para concebir la especificidad del *conocimiento* científico con la tendencia materialista espontánea de los *prácticos* de las ciencias: es como si expresara, práctica y teóricamente a la vez, una sola y misma tesis materialista, de existencia y de objetividad.

Me anticipo diciendo que la insistencia de Lenin en afirmar el vínculo privilegiado entre las ciencias y la filosofía materialista marxista atestigüa que se trata de un punto nodal decisivo, que llamaremos, si ustedes están de acuerdo, *Punto Nodal N° 1*.

Pero, a través de la mención de la filosofía espontánea de los sabios, en seguida se perfila algo importante, algo que nos pone ante otro punto nodal decisivo de una naturaleza totalmente distinta.

Tesis 3. Aquí también Lenin repite una tesis clásica que Engels había expuesto en el *Ludwig Feuerbach*, pero le da un alcance sin precedentes. Esta tesis atañe a la historia de la filosofía concebida como la historia de una lucha secular entre dos tendencias: el idealismo y el materialismo.

Hay que decir que, en su brutalidad, esta tesis choca de pleno con las convicciones de la inmensa mayoría de los filósofos de profesión. Si se decidieran a leer a Lenin, y acabarían seguro por hacerlo algún día, convendrán fácilmente en que sus tesis filosóficas no son tan sumarias como su reputación dice. Pero temo mucho que se resistirán ferozmente a aceptar esta última tesis que puede herirlos en sus convicciones más profundas. Les parece decididamente demasiado burda, buena sólo para debates públicos, es decir, ideológicos y políticos. Decir que toda la historia de la filosofía se reduce, en última instancia, a una lucha entre el materialismo y el idealismo es abaratar toda la riqueza de la historia de la filosofía.

En realidad, esta tesis no hace sino afirmar que, en lo esencial, *la filosofía no tiene verdaderamente historia*. ¿Qué es una historia que no es más que la repetición del choque entre dos tendencias fundamentalmente? Las formas y los temas del combate pueden variar, pero si toda la historia de la filosofía no es otra cosa más que la historia de esas formas, basta con reducirlas a las tendencias inmutables que representan, para que la transformación de esas formas se convierta en una especie de *juego por nada*. En rigor, la filosofía no tiene historia, la filosofía es ese lugar teórico extraño donde no sucede propiamente nada, nada más que esa *repetición* de la nada. Decir que no sucede nada en filosofía quiere decir que la filosofía *no lleva a ninguna parte porque no va a ninguna parte*: los caminos que abre son, como bien lo dijo Dietzgen antes de Heidegger, *Holzwege*, caminos que no llevan a ninguna parte.

Por lo demás, esto es lo que sugiere *prácticamente* Lenin, quien explica, desde las primeras páginas de *Materialismo y empiriocriticismo*, que Mach no hace sino *repetir* a Berkeley, a lo que opone por su parte su propia repetición de Diderot. Peor aún, nos damos cuenta de que Berkeley y Diderot *se repiten* uno a otro, puesto que están de acuerdo acerca de la pareja materia-espíritu, cuyos términos se conforman con disponer de otra manera. La nada de su filosofía no es sino la nada de esa inversión de términos de una pareja categorial inmutable (materia-espíritu), que representa en la teoría filosófica el juego de las dos tendencias antagónicas, enfrentadas a través de la pareja. La historia de la filosofía no es, entonces, sino la nada de esa inversión repetida. Esta tesis le devolvería, además, todo su sentido a las famosas fórmulas sobre la inversión de Hegel por Marx, de ese Hegel de que el propio Engels dijo que no era sino una inversión previa.

Sobre este punto hay que reconocer que la insistencia de Lenin no tiene miramientos ni límites. Por lo menos, en *Materialismo y empiriocriticismo* (ya que, acerca de este punto, el tono cambia en los *Cuadernos*) echa por la borda todos los matices, las distinciones, las finezas, todas las sutilezas teóricas gracias a las cuales la filosofía trata de concebir su “objeto”; no son sino sofismas, distingos, argucias de profesores, acomodamientos, compromisos cuyo único fin es enmascarar la competencia en la que toda filosofía está enfrascada: la lucha de tendencias, fundamental entre el materialismo y el idealismo. Al igual que en política, no hay una tercera vía, término medio, posiciones híbridas. En el fondo, sólo hay idealistas y materialistas. Todos los que no se declaran abiertamente tales, son materialistas o idealistas “avergonzados” (Kant, Hume).

Pero entonces hay que ir aún más lejos y decir que, si toda la historia de la filosofía no es sino la repetición de argumentos en los que se consuma una sola y única lucha, la filosofía sólo es lucha de tendencias, es ese “Kampfplatz” de que hablaba Kant, pero que nos precipita en la subjetividad pura y simple de las luchas ideológicas. Vale decir que

ca como objeto? Parece que la Lógica está a punto de prescindir de la filosofía: es una ciencia.

Desde luego, Engels defiende *a la vez* también la tesis de las dos tendencias; pero, el materialismo y la dialéctica por un lado, la lucha de tendencias y el progreso filosófico que se deriva exclusivamente de los progresos científicos por el otro, son muy difíciles de concebir juntos, es decir, difíciles de *pensar*. Engels no intenta; pero, aunque no se quiera tomarlo al pie de la letra (lo que es lo de menos, puesto que se trata de un no especialista), es muy evidente que le *falta algo esencial*.

Es decir que le *falta algo esencial* a su idea de poder pensar. Es gracias a Lenin cómo podemos ver que se trata de una deficiencia. Porque al pensamiento de Engels le falta precisamente lo que Lenin le aporta.

Lenin aporta un pensamiento profundamente coherente, donde se establece un cierto número de tesis radicales, que encierran algunos vacíos, desde luego, pero vacíos *pertinentes*. En el centro de este pensamiento está la tesis de que la filosofía *no tiene objeto*; es decir: la filosofía no se explica por la *simple relación que mantiene con las ciencias*.

Nos acercamos al *Punto Nodal N° 2*. Pero todavía no lo alcanzamos.

2 Lenin y la práctica filosófica

Para llegar a ese *Punto Nodal N° 2*, entraremos en un nuevo dominio, el de la práctica filosófica. Sería interesante estudiar la práctica filosófica de Lenin en sus distintas obras. Pero ese estudio supondría que supiéramos qué es la práctica filosófica como tal.

Ahora bien, precisamente, en algunas raras oportunidades, Lenin se ve obligado por las necesidades mismas de la polémica filosófica a producir una especie de *definición de su práctica filosófica*. Los dos textos más claros son los siguientes:

“Diréis: esta distinción entre la verdad absoluta y la verdad relativa es ‘imprecisa’. Y yo os contestaré: justamente es lo bastante ‘imprecisa’ para impedir que la ciencia se convierta en un dogma en el mal sentido de esta palabra, en una cosa muerta, paralizada, osificada; pero, al mismo tiempo, es lo bastante ‘precisa’ para *deslindar* los campos, *del modo más resuelto e irrevocable*, entre nosotros y el fideísmo, el agnosticismo, el idealismo filosófico, la sofística de los adeptos de Humé y de Kant”. (*Materialismo y empiriocriticismo*, ed. cit., p. 127).

“Naturalmente, no hay que olvidar aquí que el criterio de la práctica no puede nunca, en el fondo, confirmar o refutar completamente una representación humana cualquiera que sea. Este criterio también es lo bastante ‘impreciso’ para no permitir a los conocimientos del hombre convertirse en algo ‘absoluto’; pero, al mismo tiempo, es lo bastante preciso para sostener una lucha implacable contra todas las variedades del idealismo y del agnosticismo” (*Materialismo y empiriocriticismo*, ed. cit., p. 133).

Hay otros textos que confirman la posición de Lenin. Manifiestamente, no se trata de fórmulas lanzadas al azar y aisladas, sino de un pensamiento profundo.

Lenin define así la esencia última de la práctica filosófica como una *intervención* en el dominio teórico. Esta intervención cobra una doble forma: teórica, para la formulación de categorías definidas; práctica, para la función de esas categorías. Esta función consiste en “deslindar los campos” en el interior del dominio teórico, entre ideas declaradas verdaderas e ideas declaradas falsas, entre lo científico y lo ideológico. Los efectos de este deslinde son dobles: positivos, porque sirven a una práctica determinada —la práctica científica—; negativos, en tanto que defienden esta práctica de los peligros de ciertas nociones ideológicas: en este caso, las del idealismo y del dogmatismo. Estos son, por lo menos, los efectos producidos por la intervención filosófica de Lenin.

En ese deslinde vemos enfrentadas las dos tendencias fundamentales de que hemos hablado. Es la filosofía materialista la que traza la línea de demarcación, para preservar la práctica científica de los asaltos de la filosofía idealista, lo científico de los asaltos de lo ideológico. Podemos generalizar esta definición y decir: toda filosofía consiste en el trazado de una línea de demarcación mayor, gracias a la cual rechaza las nociones ideológicas de las filosofías que representan la tendencia opuesta a la suya; la apuesta de este trazado, y por ende de la práctica filosófica, es la práctica científica, la científicidad. Reconocemos aquí nuestro *Punto Nodal N° 1*: la relación privilegiada de la filosofía con las ciencias.

Reconocemos también el juego paradójico de la inversión de los términos donde la historia de la filosofía se anula en la nada que produce. Esta nada no es nula: puesto que tiene como apuesta el destino de las prácticas científicas, de lo científico y de su otro, lo ideológico. O bien las prácticas científicas son explotadas, o bien son servidas por la intervención filosófica.

Se hace entonces comprensible el hecho de que la filosofía tenga una historia y sin embargo nada suceda en ella. Porque la intervención de cada filosofía, que desplaza o modifica categorías filosóficas existentes y es, por consiguiente, el producto de los cambios en el discurso filosófico donde la historia de la filosofía brinda su existencia, esa intervención es simple y llanamente la nada filosófica cuya existencia hemos constatado, puesto que efectivamente una línea de demarcación no es nada, ni siquiera un trazado, sino el simple hecho de demarcarse, es decir, el *vacío de una distancia*.

Esta distancia deja su *trazo* en las distinciones del discurso filosófico, en sus categorías y su dispositivo modificados: pero todas estas modificaciones no son nada por sí mismas, porque sólo actúan fuera de su propia presencia, en la distancia o la no distancia que separa las tendencias antagónicas de las prácticas científicas, tal es el riesgo de su lucha.

Lo que puede haber de verdaderamente filosófico en esta operación de un trazado nulo es solamente su desplazamiento, pero está relacionado con la historia de las prácticas científicas y de las ciencias. Porque existe una historia de

las ciencias, y las líneas del frente filosófico resultan desplazadas de acuerdo con las transformaciones de la coyuntura científica (es de las ciencias y de sus problemas) es decir, de acuerdo con el estado y con el estado de los dispositivos filosóficos provocados por esas transformaciones. Los términos que designan lo científico y lo ideológico deben, pues, *volverse a pensar* todas las veces.

Tenemos así una historia en la filosofía más que una historia de la filosofía: una historia del desplazamiento de la repetición indefinida de un trazo nulo, cuyos efectos son reales. Esta historia se puede leer con provecho en todos los grandes filósofos, aún en los idealistas, y en el que compendia toda la historia de la filosofía, Hegel. Por esta razón Lenin lee a Hegel, con asombro; pero esta lectura de Hegel también forma parte de la *práctica filosófica* de Lenin. Leer a Hegel desde el punto de vista materialista significa trazar en él límites de demarcación.

He llegado sin duda más allá de la letra de Lenin, pero no creo haberle sido infiel. En todo caso, digo simplemente: Lenin nos entrega lo necesario para comenzar a concebir la forma específica de la *práctica filosófica* en su esencia, y da retrospectivamente un sentido a numerosas fórmulas consignadas en los grandes textos filosóficos clásicos. Porque, a su manera, ya Platón había hablado de la lucha entre los Amigos de las Formas y los Amigos de la Tierra, y había declarado que la verdadera filosofía tiene que saber dividir, recortar, y trazar líneas de repartición. Queda sin embargo, una pregunta fundamental: ¿qué es de esas dos grandes tendencias que se enfrentan en la historia de la filosofía? Lenin da a esta pregunta una respuesta salvaje, pero una respuesta.

3 La toma de partido en filosofía

Esta respuesta está contenida en la célebre tesis y, hay que decirlo, escandalosa para muchos, de la toma de partido en filosofía.

Esta palabra suena como una consigna *directamente* política, en la que partido quisiera decir partido político, partido comunista.

Sin embargo, es suficiente leer un poco más de cerca a Lenin, no solamente *Materialismo y empiriocriticismo* sino también y sobre todo sus análisis de la teoría de la historia y de la economía, para ver que se trata de un concepto, y no de una simple consigna.

Lenin observa sencillamente que cualquier filosofía toma partido en función de su tendencia fundamental, en contra de la tendencia contraria fundamental, a través de las filosofías que la representan. Pero observa al propio tiempo que la inmensa mayoría de las filosofías se preocupan por encima de todo por declarar públicamente y en suministrar la prueba de que *no toman partido porque no tienen que tomar partido*.

Como por ejemplo Kant: el "Kampfplatz" del cual habla está bueno para las demás filosofías, precríticas, pero no para las críticas. Su propia filosofía se mantiene fuera del

"Kampfplatz", en otro lugar, donde se asigna precisamente la función de arbitrar los conflictos de la metafísica en nombre de los intereses de la Razón. Desde que la filosofía existe, desde el *ewpelv* de Platón, hasta el filósofo "funcionario de la humanidad" de Husserl, e incluso hasta Heidegger en algunos de sus textos, la historia de la filosofía está dominada por esta repetición, que es la repetición de una contradicción: la *denegación* teórica de su propia práctica y de gigantescos esfuerzos teóricos para consignar esta denegación en discursos coherentes.

La respuesta de Lenin a este hecho sorprendente, que parece ser constitutivo de la inmensa mayoría de las filosofías, consiste en decirnos *unas palabras* acerca de la insistencia de estas misteriosas tendencias que se enfrentan en la historia de la filosofía. Para Lenin, en definitiva, estas tendencias están relacionadas con posiciones y, por consiguiente, con conflictos de clases. Digo *relacionadas*, porque Lenin sólo dice eso y, además, Lenin nunca afirma que la filosofía se reduzca a la pura y simple lucha de clases, ni aunque fuera a lo que en la tradición marxista se llama la lucha de clases ideológica. Para no propasar las declaraciones de Lenin, podemos decir que, para él, la filosofía *representa* la lucha de clases, es decir, la política. La *representa*, lo que supone una *instancia* en la cual la política está así representada: esta instancia son las ciencias.

Punto Nodal N° 1: relación de la filosofía con las ciencias.

Punto Nodal N° 2: relación de la filosofía con la política.

Todo depende de esta relación.

Podemos plantear entonces la siguiente proposición: la filosofía es la política continuada de cierta manera, en un cierto dominio, en relación con una cierta realidad. La filosofía representa la política en el dominio de la teoría, o para ser más precisos, ante las ciencias; y viceversa, la filosofía representa la científicidad en la política, ante las clases comprometidas en la lucha de clases. Cómo esta representación esté reglamentada, por qué mecanismos pueda ser asegurada, por qué mecanismos pueda ser falseada o fingida, y *resalte generalmente falseada*, Lenin no lo dice. Su convicción profunda es manifiestamente que en última instancia ninguna filosofía puede saltar por encima de esta condición, evadirse del determinismo de esta doble representación; en fin, que la filosofía existe en alguna parte, como una instancia más entre las dos instancias mayores que la constituyen como instancia: la lucha de clases y las ciencias.

Entonces unas palabras son suficientes: en Engels se encuentra el *Punto Nodal N° 1*, la instancia Ciencias, pero no se encuentra, pese a que menciona la lucha de tendencias en filosofía, el *Punto Nodal N° 2*, la instancia Política. Esto significa que Lenin no es un simple comentarista de Engels, sino que aporta algo nuevo y decisivo en lo que se llama el dominio de la filosofía marxista: lo que le *faltaba* a Engels.

Y entonces unas pocas palabras más son suficientes para llegar a la conclusión. Porque el conocimiento de esta doble representación de la filosofía sólo es, pero lo es propiamente, el comienzo titubeante, pero el comienzo, de una *teoría de*

la filosofía. Nadie va a negar que esta teoría es embrionaria, que apenas está esbozada en la que creíamos una simple polémica. Pero, por lo menos, estas indicaciones de Lenin tienen, si las aceptamos, un resultado inédito: el de *traducir la pregunta en un problema* y lograr que lo que llamamos la filosofía marxista cese de ser la remasticación de una práctica filosófica que, desde siempre y en una forma absolutamente dominante, es la *denegación* de su práctica real.

Es así como Lenin responde a la profesía de la XI Tesis, y es el primero en hacerlo, ya que nadie, ni siquiera Engels, lo había hecho antes. Respondió él mismo con el "estilo" de su práctica filosófica. Práctica salvaje en el sentido en que Freud habla de un análisis salvaje, que no suministra los títulos teóricos de sus operaciones, y que hace gritar a la filosofía de la "interpretación" del mundo, que podemos definir como la filosofía de la *denegación*. Práctica, todo lo salvaje que se quiera, pero ¿qué cosa no ha sido salvaje en sus comienzos?

El hecho es que esta práctica es una *nueva* práctica filosófica: *nueva*, en tanto que deja de ser esa remasticación que no es sino la práctica de la denegación, donde la filosofía —que interviene sin cesar "políticamente" en los debates en que se decide el destino real de las ciencias, entre lo científico que instauran y la ideología que las amenaza; y que interviene sin cesar "científicamente" en las luchas en que se decide el destino de las clases, entre lo científico que las sirve y lo ideológico que las amenaza— se niega sin embargo, obstinadamente, en la "teoría" filosófica, a reconocer su intervención; *nueva*, en tanto que es una práctica que ha renunciado a la denegación y que, sabiendo lo que hace, *actúa de acuerdo con lo que ella es*.

Si todo esto es cierto, podemos sospechar que sin duda no fue por una casualidad que este efecto sin precedentes fuera provocado por el descubrimiento *científico* de Marx, y pensado por un dirigente *político proletario*. Porque en definitiva, si el nacimiento de la filosofía fue provocado por la primera ciencia de la historia humana, donde esto sucedió fue en Grecia, en una sociedad de clases; y puesto que sabemos hasta dónde la explotación puede extender sus efectos, no nos asombraremos de que esos efectos hayan cobrado también la forma de una denegación filosófica de la dominación de la filosofía por la política, forma que es clásica en las sociedades de clases, donde las clases dominantes se niegan a reconocer que dominan. No nos asombraremos entonces de que el conocimiento científico de los mecanismos de dominación de clases, y de todos sus efectos —conocimiento que Marx produjo y Lenin aplicó— haya provocado en la filosofía ese extraordinario desplazamiento que destruye los fantasmas de la denegación, donde la filosofía trata de convencer, para que los hombres se convengan y para convencerse también ella misma, de que está por encima de la política y por encima de las clases.

De modo que sólo con Lenin puede, por fin, tomar cuerpo y sentido la frase profética de la XI Tesis sobre Feuerbach: "Hasta ahora los filósofos han interpretado al mundo; se

trata ahora de transformarlo". ¿Es que esta frase promete una filosofía nueva? No lo creo. La filosofía no quedará suprimida: la filosofía seguirá siendo la filosofía. Pero, al saber qué es su práctica y al saber qué cosa es, o al comenzar a saberlo, puede transformarse poco a poco. Entonces menos que nunca diremos que el marxismo es una filosofía nueva: una filosofía de la praxis. En el corazón de la Teoría marxista hay una ciencia: una ciencia muy singular, pero una ciencia. La novedad que el marxismo introduce en la filosofía es una *nueva práctica de la filosofía*. *El marxismo no es una (nueva) filosofía de la praxis, sino una práctica (nueva) de la filosofía*.

Esta nueva práctica de la filosofía puede transformar a la filosofía. Y puede, además, *ayudar* en la transformación del mundo, dentro de sus posibilidades. *Ayudar* solamente, porque no son los teóricos, sean ellos sabios o filósofos, ni son tampoco los "hombres" los que hacen la historia, sino las "masas", es decir, las clases aliadas en una misma lucha de clases.

NOTA ANEXA

Para no caer en el error acerca del sentido de esta condena de los profesores de filosofía, y de la filosofía que profesan, hay que fijarse en la fecha del texto y en algunas expresiones. Basándose en Dietzgen, Lenin condena a los profesores de filosofía sin excepciones. Condena su filosofía pero no condena a la filosofía. Recomienda incluso que se *estudie* esa filosofía, para poder elegir y aplicar una práctica distinta a la de ellos en la filosofía. Triple comprobación, por consiguiente, en la que en el fondo la fecha y las circunstancias no cambian nada substancial:

1 Los profesores de filosofía son profesores, es decir, intelectuales empleados en un sistema educacional determinado, sometidos a ese sistema, y ejercen en su conjunto la función social de inculcar los "valores de la ideología dominante". El que pueda existir en las instituciones educacionales un "juego" que les permite a algunos profesores virar sus enseñanzas y sus reflexiones contra esos "valores" establecidos es un hecho que no modifica el efecto *de conjunto* de la función profesoral filosófica. Los filósofos son intelectuales y por ende pequeñoburgueses, sometidos en su conjunto a la ideología burguesa y pequeñoburguesa.

2 Por consiguiente, la filosofía dominante, cuyos representantes o portadores son los profesores de filosofía en su conjunto, incluso con su libertad "crítica", está sometida a esa ideología dominante; esa ideología que Marx ha definido, ya en *La ideología alemana*, como la ideología de la clase dominante. Esta ideología está dominada por el idealismo.

3 Esta situación, tanto de los intelectuales pequeñoburgueses profesores de filosofía como de la filosofía que enseñan, o reproducen dándole una forma personal, no excluye que algunos intelectuales puedan escapar a las constricciones que dominan al conjunto de los intelectuales, y, si son filósofos, se adhieran a una filosofía materialista y a una

teoría revolucionaria. *El manifiesto* ya mencionaba esa posibilidad. Lenin la recoge y añade que el concurso de estos intelectuales es indispensable para el Movimiento obrero. El 17 de febrero de 1908, Lenin le escribía a Gorki: "El papel de los intelectuales disminuye en nuestro partido; se anuncia desde todas partes que desertan del partido, ¡qué el viento se los lleve a esos sinvergüenzas! El partido se libera de los desechos pequenoburgueses. Los obreros toman cada día más las cosas en sus manos. El papel de los militantes obreros se acentúa. Todo esto es maravilloso". Cuando Gorki, de quien Lenin pedía la colaboración, protestó, Lenin le contestó, el 13 de febrero de 1908: "pienso que algunas de las cuestiones que usted plantea, en relación

con nuestras divergencias, no son sino un malentendido. Porque, por supuesto, yo no pensaba "hacer una cacería de intelectuales", como hacen algunos estúpidos sindicalistas, ni tampoco que no sean necesarios para el movimiento obrero. Acerca de todas estas cuestiones, no puede haber divergencias entre nosotros". En cambio, en esa misma carta, las divergencias acerca de la filosofía marchaban a todo tren: "En cuanto al materialismo, en tanto que concepción del mundo, creo que no estoy de acuerdo con usted, en el fondo..." No nos cabe la menor duda de eso, puesto que Gorki defendía la causa del empiriocriticismo y del neokantismo.

"GRANDES NOVELAS INGLESAS DEL SIGLO XX"

Como documento social y moral y como forma artística contenida en sí misma, la novela, desde el *Quijote* de Cervantes hasta el *Ulises* de Joyce, ha respondido más rápida y completamente que ningún otro género literario a las nuevas ideas. Por eso la novela del siglo xx, siguiendo la rápida introducción de nuevas modas de pensar en la psicología, las ciencias naturales y la sociología, ha reaccionado de manera osada para absorber y transformar este material de comunicación literaria. La novela, además de reflejar constantemente los cambios que suceden en el mundo general, ha respondido como todas las otras antes, a los desarrollos internos de su propia forma y demostrando así que la tradición unida a la innovación son los dos componentes gemelos del género. Lo tradicional y lo nuevo determinan la naturaleza distintiva de la novela inglesa contemporánea, sus dificultades son las dificultades de la época y sus ideas son las que se hayan convertido en lugares comunes en nuestra sociedad. Para apreciar la novela moderna en su diversidad, sin embargo, tenemos que comprender asuntos que parecen no tener nada en común con otro, y al mismo tiempo, tenemos que sentirnos atraídos por lo experimental. Tenemos que preguntarnos,

en algún momento, y encontrar respuestas a las siguientes preguntas: ¿Qué se entiende por experimental? ¿Qué significa tradicional? ¿Por qué es distinta la novela moderna? ¿Por qué es importante? ¿Qué es una novela moderna?

Así inician Frederick R. Karl y Marvin Magalaner la introducción a su obra, contestando seguidamente a las interrogantes que ellos mismos se plantean, a través del estudio de las principales novelas de Joseph Conrad, E. M. Forster, Virginia Wolf, D. H. Lawrence, James Joyce y Aldous Huxley a los que consideran como los más genuinos representantes de la moderna novelística inglesa, pero no sin precisar antes, a través de un minucioso examen, las circunstancias y factores determinantes que condujeron a lo que hoy llamamos la novela moderna. La obra más representativa de cada uno de los autores citados así como su vida, principalmente los motivos condicionantes que los condujeron por los senderos de la literatura, son objeto de un estudio analítico penetrante en este libro que Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, el conocido sello editorial EBUC, pone en manos del público en su colección Temas.